Cuentiembre, 11 y siguientes

ladybird12 (Teresa Fernández-Barbón Fernández

Image not found.

Capítulo 1

Aquel martes fue el más señalado de mi vida. Aquel día vivi una situación tan intenso que el miedo me llevó a pensar que no la contaba.

No, no se trata de un atraco. En realidad fueron doce horas de parto, con unos dolores que pensé que acabaría rompiéndome en pedazos. Y el padre de mi hijo no se encontraba entre mis acompañantes.

Me atendía el Doctor Aguilera. A su alrededor pululaba un buen número de internos. Eso explicaba que no hubiese nadie de mi familia en la sala. Ni siquiera mi madre. Cualquiera puede imaginarse la sensación de desamparo. Un grupo de ellos me observaba desde mi extremo izquierdo. Uno de aquellos chicos señaló hacia la parte baja de mi cuerpo y los demás empezaron a reirse por lo bajo. Gloria, la enfermera que ayudaba a mi especialista, hizo un carraspeo de desaprobación. El sonido alertó al médico

-Señores. Esto no es el patio del colegio. Es un hospital. Hagan el favor de comportarse.

Después el doctor, volvió a su plática. Para mí el tiempo corría a cuentagotas. Con los minutos los dolores se intensificaron, de tal forma que pensé que me moría tumbada en aquella camilla. Llena de angustia e impotencia grité.

-¡Por favor, que venga mi madre, que me voy a morir!

Entonces el cabecilla de aquellos inconscientes espetó

-Si va a tener que ser ella porque lo que es su marido... Antes de entrar oí que estaba en las fiestas del pueblo bailando.

Entonces dí un alarido. Recuerdo con claridad el silencio que se hizo en la sala. La voz del Doctor Aguilera, sonó como un disparo.

-¡Señor Rodriguez de... Salga de aquí! Luego hablamos. Señores- añadió mientras el interpelado abandonaba el paritorio-, estas situaciones van a ser el pan de cada día en su trabajo. Si no van a saber mostrar una actitud de respeto, les sugiero que se cambien de especialidad.

Aguilera se volvió hacia mí y tras examinarme me dirigió las únicas palabaras en ese tiempo

-Ya veo la cabeza. Así que ánimo y empuje.

Hay cosas que es preciso vivir para comprenderlas. Hasta ese momento me había quedado como caldo gordo, sin fuerzas. Las palabras del médico fueron como una inyección de adrenalina. Me recuperé de pronto y empecé a expulsar aire de forma impulsiva.

Fue Gloria la que con su buen hacer se encargó de calmarme

-Más despacio, venga, fu, fu,fu... Muy bien...si así conmigo.

Y por fín llegó

Cuando me lo pusieron en los brazos, crei que me iba a morir del susto. Mi pequeño tenía la cara amoratada y la cabeza de tan deformada que parecía una pelota de rugby.

La enfermera se apresuró a tranquilizarme.

-No es nada, mujer. Es el esfuerzo de venir a este mundo. Cuando pasen unas horas ya verá lo guapo que va a ser

-¿Con esta pinta de adefesio? Mire no lo tome a mal. Lo quiero con toda el alma, pero...

-Eso nada. Ya verá. Tiene las facciones muy hechas. Tengo experiencia. Fíese de mí. Estos niños son así, se vuelven con el tiempo más guapos.

Me llevaron a planta. Toda la familia se apelotonó para ver al recién nacido. Se armó tal escándalo que la enfermera que se ocupaba de la recepción entró airada a imponer silencio.

-¿Cómo lo vas a llamar? preguntó uno de mis primos más pequeños.

-Y a tí ¿Qué más te da? preguntó su madre. Eso es cosa de los padres.

-Jorge, respondí sin pensar.

Algunos de los presentes protestaron, que si mejor el nombre de los abuelos, que si el del padre... Mi madre atajó aquel nuevo conato de algarabía con un gesto enérgico.

-A ella le gusta ese y basta, que para eso es la madre. Ahora nos vamos todos de aquí para que pueda descansar, que bien ganado se lo tiene.

Luego tirándome un beso con la mano añadió

-Nos vemos, cariño.

Mi marido apareció al día siguiente. En su cara se le veían las huellas de la juerga anterior. Me preguntó cómo estaba, no le respondí.

Él se fue hacia la cuna del niño y lo cogió en brazos. Yo le observaba en silencio, mientras se hacía el padrazo. Entonces se volvió hacia mí.

-Oye a mi el nombre de Jorge, no me gust...

No le dí tiempo a acabar, con voz tajante le dije

-En cuanto me den el alta, me voy a casa de mis padres.

-

Capítulo 2

Cuentiembre, 12

Las almejas se estaban poniendo difíciles, lo peor de todo era que no podía solucionar el asunto usando simplemente las manos. Los profesores que participaban en el intercambio se encontraban de cena en el hotel de postín de la localidad, invitados por las autoridades municipales. Tres ediciones seguidas, hacían pensar en una posibilidad de hermanamiento.

La paciencia de Margot Rodriguez Clément, profesora agregada de francés del Instituto Gustavo Adolfo Bécquer, se encontraba al límite. Tal y como decía su madre "les coquillages" se le daban fatal, y en ese momento lo estaba demostrando a la perfección, lo que la que contrariaba una barbaridad. En frente de ella Guillaume, monsieur Gilles para sus alumnos de español, observaba divertido las inútiles maniobras, mientras fingía prestar toda la atención del mundo a su plato.

Desde el otro extremo de la mesa Rocío una de las profesoras más veteranas, la miraba con los ojos brillantes. Eso exacerbó su amor propio, de modo que colocándose al borde de la mala educación se comío las almejas. Cuando acababa de tragarse la última, Guillaume volvía a observarla con una sonrisa guasona.

-¿Has podido saborearlas?

"Con que esperas fastidiarme ¿Eh? Ahora verás"

-Mais oui, ces palourdes étaient délicieuses (Claro, estas almejas estaban deliciosas)

El hombre respondió con un leve alzamiento de ceja y dio un sorbo a su copa de vino blanco.

-Me parece estupendo

- Tan mieux!

-¿Cuándo hacemos las paces?

Si, ella misma reconocía que aquello era estúpido. Desde el momento en que él le estrechó la mano cuando se lo presentaron en el centro, notó algo cálido que hacía tiempo estaba fuera de su mapa sentimental. Sin embargo aquel hombre estaba empeñado en irritarla, en llevarle la contraria. En la última excursión a la costa, se puso a hacer cara mientras le daba una reprimenda a Asier Morelos Aizpún. Los chicos se echaron a reir. Cuando ella lo descubrió, él dio la excusa de que era demasiado

rígida. Entonces ella se fue irritada y no le dirigió la palabra en todo el camino de vuelta.

-¿Estamos en guerra? preguntó Margot

-Depende de tí, respondió mirándola serio. Pensaba que nos llevábamos bien

Y ahí acabó la conversación.

La cena trascurrió con toda normalidad. Al día siguiente tuvieron una reunión de trabajo. Cada uno ocupó su puesto. Rocio se sentó al lado de ella. Al cabo de un rato, su compañera le tocó en el brazo y le preguntó

-Qué Margot ¿Qué tal con las palurdas?

Margot tuvo que morderse el labio inferior para no soltar una carcaja. Luego se volvió hacia el ponente para seguir el hilo de la exposición, pero algo, una sensación extraña la obligó a girar la cabeza hacia el extremo izquierdo de la mesa. Guillaume la miraba con una media sonrisa.

Rocío volvió a tocarla en el brazo

-Espero que con él te vaya mejor que con las...

-Vale, vale no lo digas, por favor, que me va a dar la risa.

-palurdas remachó la otra divertida.

Capítulo 3

Cuentiembre 13

Cuando sintió la nialgada, no lo pensó dos veces. De forma instintiva se giró y su mano se estrelló contra el rostro de un hombre joven de aspecto robusto y hosco. Sin saber por qué ella después de dar el bofetón se quedó paralizada. El joven pese a lo pesado de su constitución, se levantó de la mesa que ocupaba, le dio un empujón y la derribó. Después se sentó su esternón y empezó a pegarla, hasta que un grupo de chicos que en ese momento pasaba por esa zona de la discoteca, se lo quitaron de encima. Medio mareada y dolorida por los golpes, consiguió llegar hasta la barra con su ayuda. Uno de ellos, el más veterano, le preguntó.

-¿Tienes a alguna amiga cerca?

-Mis amigos están en la pista. Yo fui al baño cuando me pasó esto. Gracias, de verdad. No tenéis que quedaros. En cuanto esté mejor me voy con ellos.

-¿Segura? No te veo buena cara

Ella asintió con la cabeza. De pronto las lágrimas le calentaron los ojos. El camarero que los había visto llegar, se acercó a ellos. Con unas pinzas sacó un trozo de hielo y se lo entregó a la muchacha.

-Toma a ver si te baja el hinchazón. Hay que tener cuidado con los novios.

No era cuestión de ponerse a dar explicaciones. Mejor asentir y seguir la corriente. La chica así lo hizo y se aplicó el hielo frío en el ojo izquierdo

-Muchas gracias dijo sonriendo al camarero

-De nada guapa. Mucho cuidado la próxima vez.

Los amigos no tardaron en aparecer. En cuestión de minutos el hecho se había corrido por todo el local. El mayor del grupo que la había ayudado les dije.

-Ya ibamos a mandar a alguien a buscaros

Mientras los chicos hablaban entre ellos, las chicas rodearon a su amiga.

-Bea ¿Quien fue el hijo de.. que te hizo eso?

Bea les contó lo ocurrido y les describió al agresor. Un conocido de la pandilla que pasaba por ahí y había escuchado todo preguntó

-¿Estás segura de que es ese?

-¿Lo conoces? le preguntó una amiga de Bea

-Si, y tengo unos cuantos amigos que le tienen ganas. Si queréis tomar represalias podemos ir a por él entre todos ahora mismo.

Genoveba, la mayor de las chicas, intervino

-¡Alto ahí! Si la armamos, nos arriesgamos a no entrar más aquí. En mi tienda, bueno la de mis padres tenemos unos cartones bastante grandes ¿Y si...?

Todos aprobaron la idea entre risas. Uno de los nuevos conocidos dijo

-¡Joder tía! ¡Cualquiera se pone a mal contigo!

-Ya ves, tío, le replicó Genoveba cuidado conmigo.

-El cortejo para otro momento dijo otro chico de la pandilla de Bea. Esto hay que planificarlo bien. Vamos al Tony's.

El mayor de los chicos que habían ayudado a Bea dijo

-Si no os importa, nos unimos. Vive cerca de nosotros y nos la tiene armado. No nos cae muy bien.

Al dia siguiente Don Raimundo, párroco titular de la iglesia de Santa Inés, del pueblo de la Noceda, se acercó a la ermita de Nuestra Señora del Espino. El sirviente de la capilla, se iba haciendo mayor y la memoria no estaba muy bollante. No era la primera vez que se dejaba abierta la puerta, y que algún que otro gamberrete, aprovechase esta circunstancia.

Esta mañana no iba a ser una excepción. Cuando vio las puertas del santuario abiertas, sus sospechas se confirmaron. Encomendándose a Dios y a todos los santos, y sujetando bien su bastón, salió del coche y se dirigió a la ermita. Sus temores se centraban en el camarín de la Virgen. Aunque sus joyas estaban a buen recaudo, temía que alguien pudiera dañar la imagen.

En el interior de la capilla, de camino al altar, el sacerdote se tropezó con algo. Reprimiendo una inoportuna interjeción, que para eso pisaba suelo sagrado, bajó la vista, encendió su linterna y localizó una enorme caja de

cartón, situada estratégicamente en el centro del pasillo.

-¡Socorro! gritó una voz.

El cura levantó la vista sorprendido y en guardia. Enfocó el haz de la linterna a todos los rincones del templo

-¿Quién anda ahí? preguntó

-¡Mierda, que alguien me saque de aquí!

El párroco reconoció la voz. Era Fernando el nieto de Lola, una de sus feligresas. Su rostro se iluminó con una sonrisa. "Tu misericordia es grande, Señor, este madrugón ha valido la pena". Y sacando una navaja de su bolsillo, empezó a levantar la cinta adhesiva.

Fernando, el mismo que había pegado a Bea, tenía la cara llena de moratones. D. Raimundo que sabía como se las gastaba el nieto de la de la Pomarada, dijo.

-Desde luego, Fernado, quien a hierro mata, a hierro muere. Anda sal de ahí y ayúdame a sacar esta caja.

Capítulo 4

Cuentiembre 14

Cuando se ponía a pensar en el estado de su relacion, la primera imagen que acudía a su cabeza era la de un monitor de televisión en blanco, lleno de interferencias y de ruido. El aspecto de un televisor analógico cada vez que perdía la señal.

Su mujer y él podían pasar días sin tocarse, y en las pocas ocasiones en que había roce, sentía que se había instalado el vacío entre ellos. Poco a poco todo se había ido reduciendo a un intercambio de frases cortas, amables para vandear los silencios incómodos. Desde que la habían destinado fuera ella había ido cambiando de manera paulatina. No sabría decir: la forma de hablar, de vestir, las anécdotas que contaba hasta que por fin llegaron los retrasos al volver a casa, siempre con excusas de que me encontre a F de M... y estuvimos hablando, M... la de la sección H me llamó por teléfono. Estaba de fin de semana con su novio y quería conocer la ciudad... Eso le hizo temer por el estado de la cuenta. Durante un tiempo la revisó con frencuencia, no encontró nada anormal.

Sin embargo aquel estado de cosas lo estaba matando. Llevaba tiempo con la sospecha de que si preguntaba conocería el resultado. Aún así, lo prefería a este silencio.

Ella llegó tarde, como siempre. Esa noche ni siquiera se percató de su presencia. Estaba ensimismada. Cantaba entre dientes. Cuando por fin se dio cuenta de que se encontraba allí, se quedó turbada, hasta que al cabo de unos minutos volvió en sí y le dijo con toda la amabilidad del mundo

-Ah, pero ¿Estás aquí? ¿Aún no te has acostado?

Joder me está hablando como si fuera un compañero de piso, no como si fuese su marido. Esta no es mi esposa, al menos la que yo conocía ¿Quién coj... es esta tía?

-Tenemos que hablar le dijo él, no sin cierta brusquedad

La mujer alzó las cejas

-Ahora no estoy cansada. No sabes el día que he tenido

-Yo también cari, (la fuerza de la costumbre era tremenda) yo también estoy cansado de la jornada, de esta maldita situación. Acabemos con esto de una vez.

-He conocido a alguien

En ese momento toda la ira que se había acumulado se evaporó. En su lugar llegó el cansancio, acompañado de cierto alivio.

-Acabaramos. Dormiré en el sofá y mañana me iré a casa de mi madre. Nos vemos a las doce y media, en el Tiovivo para hablar. Justo es acabar donde empezamos.

Capítulo 5

Cuentiembre 15

No sabía que era martes. Como todos los días, en estos últimos tiempos se levantó de la cama, sin la menor noción del reloj ni del calendario. La jornada en aquel asilo, o como quisieran suavizarlo, transcurría plácida, sin el menor asomo de monotonía. Gracias a su memoria hueca, iba tomando consciencia de una serie de pequeños detalles, que habían ido desapareciendo del espectro de su mente con el paso de las ocupaciones (unas imágenes borrosas, estresantes) y los años: el paso regular de las estaciones, con sus cambios de luz y de color, los olores a frío, calor o a tierra húmeda. El sonido de la lluvia. Como ahora mismo. El golpe del agua contra el cristal, contra el suelo. Una tarde se sorprendió a sí mismo intentando reproducirlo con el piano de una de las salas

¿Dónde había aprendido a tocarlo? se preguntó, pero el espejo de su memoria se negó a responderle. Se las arregló para conseguir un papel y un lápiz. La escribió, le dio forma. Cuando la tocó delante del siquiatra del centro, este asintió con la cabeza en señal de satisfacción y le dijo

-Muy bien. Parece que hemos encontrado un hilo. Siga devanando a ver a dónde nos lleva.

Y así hizo. Solo le respondieron las sensaciones externas y la música. Por eso no supo que era martes. Y decidió perderse por el jardín, y ayudar al conserje que también se ocupaba de cuidarlo, a sembrar y a quitar las malas hierbas. Eso lo libró del horario de visitas. No tuvo que encontrarse con unos rostros desconocidos, que aunque lo miraban con una sonrisa, el solo hecho de tenerlos en frente, le provocaba pinchazos en los más hondo de su estómago. Así con esa sensación de plenitud se metió en el interior del edificio cuando el timbre sonó anunciando la cena.

Después de lavarse las manos se dirigió al comedor y se sentó con sus compañeros de partida. Con ellos descubrió algo que desconocía,o que de forma probable había olvidado antes de la oscuridad de sus recuerdos. Medina, el enfermero se le acercó en el momento en que les servían la sopa

-Mariano ¿Cómo no ha aparecido por la sala de visitas? Su familia ha preguntado por ustedes

-¿De veras? preguntó, con un deje de irritación. Hablar de aquellos desconocidos, lo molestaba, sobre todo si era antes de comer y el ejercicio al aire libre le había abierto el apetito.

El enfermero atacó por otro lado

-Los martes es día de visita ¿No se acuerda?

-¿Es un chiste?

Los demás comensales intervinieron

-Calma, hombre. No te excites

-Es bueno que te quieran dijo otro

Mariano negó tozudo e irascible con la cabeza

-Ya os lo dije mil veces, lo sabéis. No me quieren. No sé que esperan de mí pero no me quieren

Tras esa afirmación Medina, se retiró de forma discreta y lamentándolo de verdad, tenía que admitir que Mariano tenía razón. Muchas veces había escuchado de forma involuntaria retazos de conversación con el siquiatra y pudo hacerse una idea de la serie de intereses creados que existía en el seno de la familia.

Al día siguiente cuando Mariano visitó a facultativo, se sorprendió con una recomendación si no extraña, al menos original.

-Mariano. Siéntese al piano y trate de pensar en alguien que le haya querido de verdad. Una madre, una hermana...

-No me acuerdo, doctor

-Bueno, entonces piense en lo que para usted sería una madre, y veremos que pasa.

Mariano dudó

-No sé.. No sé si quiero volver

-Cierto, afirmó el siquiatra. Usted no quiere recordar. Se esconde en el olvido. En él se siente seguro. Sin embargo hay que avanzar. No puede quedarse en esta oscuridad

-Pero...

-Si, cierto le ha dando cosas buenas admitió el especialista. La música, por ejemplo, la relación con unos amigos cercanos. Quizás esos sean instrumentos para una nueva vida ¿Va a quedarse sin averiguarlo? Las

cosas nunca pasan porque sí.

Mariano se quedó en suspenso. Aquellas últimas palabras hicieron en su interior el efecto de una descarga eléctrica.

-Perdone, doctor, tengo que ir al jardín. Le prometí a Alfonso que lo ayudaría a trasplantar los rosales

El doctor sonrió con amabilidad. Le dio unos golpecitos en la espalda a su paciente y le dijo.

-Claro, vaya. No hay prisa.